

La Escuela de Arte Cristiano de la diócesis de Alcalá de Henares¹

Juan Miguel Prim Goicoechea

VICARIO EPISCOPAL PARA LA EVANGELIZACIÓN Y LA CULTURA

DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES (MADRID)

I. MOSTRAR LA BELLEZA DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

Maurice Zundel, sacerdote y teólogo católico suizo, escribió en su obra *El poema de la santa liturgia*, en 1934:

Más que alabar a la Iglesia y defenderla,
es importante “mostrarla”:
en la pureza divina
de su vida interior.
Ella es la madre cuyo corazón católico
abrsa las almas
incluso de aquellos que la ignoran,
o sueñan con destruirla.
Ella es la madre cuya plegaria jamás cansa,
se dispensa a toda hora en alabanza, en llamada
hacia la más pura belleza,

¹ En octubre de 2011 nació la *Escuela de Arte Cristiano* de la diócesis de Alcalá de Henares, vinculada al *Instituto Diocesano de Teología “Santo Tomás de Villanueva”*. Esta nueva iniciativa, querida por nuestro obispo, Mons. Juan Antonio Reig Pla, se concibió desde sus primeros pasos como un humilde instrumento al servicio de la profundización y la comunicación de la verdad y la belleza de la fe cristiana.

la única que puede saciar de gloria nuestra alma,
ávida de grandeza².

“Mostrar” la belleza de la experiencia cristiana, revelar el corazón de la Iglesia y el rostro del Crucificado Resucitado –“el más bello de los hombres”³– ha sido y sigue siendo el objetivo principal de la *Escuela*. De ahí que hayamos querido, desde el principio, que esta nueva iniciativa pastoral y catequética aborde explícitamente la cuestión del “arte cristiano”, es decir, de las manifestaciones artísticas del mundo de la fe, de la encarnación en colores, formas y sonidos de la experiencia del encuentro con Cristo en la vida de la Iglesia.

Aunque con frecuencia “lo cristiano” es considerado hoy como un mero tema, como un ciclo narrativo e ideológico que ha inspirado la creatividad de artistas de otras épocas, en las que la influencia de la Iglesia era decisiva, los cristianos sabemos que se trata de un “novum”, de una realidad novedosa y no deducible a partir de las categorías mundanas. Quien ha encontrado a Cristo, o mejor, quien ha sido encontrado por Él, entra en un nuevo universo de experiencia y significados, ve renovada toda su vida, mira la realidad con nuevos ojos, como afirma bellamente la encíclica *Lumen fidei*: “La fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver”⁴.

Si no se llega a participar de este nuevo modo de ver, con los ojos de Jesús, no se comprende la naturaleza del cristianismo y de la Iglesia. Recordemos las palabras del cardenal Ratzinger en su mensaje a los participantes en el “Meeting” de Rímíni, en el año 2002:

A menudo he afirmado que estoy convencido de que la verdadera apología de la fe cristiana, la demostración más convincente de su verdad contra cualquier negación, se encuentra, por un lado, en sus santos y, por otro, en la belleza que la fe genera. Para que actualmente la fe pueda crecer, tanto nosotros como los hombres que encontramos debemos dirigirnos hacia los santos y hacia lo Bello⁵.

2 M. ZUNDEL, *El poema de la santa liturgia* (Madrid 1991) 17.

3 *Salmo* 44, 3.

4 PAPA FRANCISCO, Carta encíclica *Lumen fidei* (29 de junio de 2013) 18.

5 J. RATZINGER, *Mensaje al “Meeting” de Rímíni*, 2002.

Esta misma certeza la había expresado ya el teólogo bávaro en la célebre entrevista con el periodista Vittorio Messori, publicada como libro con el título *Informe sobre la fe*:

La única apología verdadera del cristianismo puede reducirse a dos argumentos: los santos que la Iglesia ha elevado a los altares y el arte que ha surgido en su seno. El Señor se hace creíble por la grandeza sublime de la santidad y por la magnificencia del arte desplegadas en el interior de la comunidad creyente, más que por los astutos subterfugios que la apologética ha elaborado para justificar las numerosas sombras que oscurecen la trayectoria humana de la Iglesia. Si la Iglesia debe seguir convirtiendo, y, por lo tanto, humanizando el mundo, ¿cómo puede renunciar en su liturgia a la belleza que se encuentra íntimamente unida al amor y al esplendor de la Resurrección? No, los cristianos no deben contentarse fácilmente; deben hacer de su Iglesia el hogar de la belleza –y, por lo tanto, de la verdad–, sin la cual el mundo no sería otra cosa que la antesala del infierno⁶.

Según esta afirmación, el crecimiento de la fe y la continuidad de la tarea evangelizadora de la Iglesia dependen de la posibilidad de hacer experiencia de una humanidad nueva –la grandeza sublime de la santidad– y de poder participar de la belleza del Amor y el esplendor de la Resurrección, manifestados en la liturgia y en el arte. Sólo así “aquellos que la ignoran o sueñan con destruirla”, tan numerosos hoy, pueden llegar a descubrir la Iglesia como “el hogar de la belleza”, y por lo tanto de la verdad, “sin la cual el mundo no sería otra cosa que la antesala del infierno”.

Recientemente he tenido ocasión de comprobar, una vez más, lo acertado de esta indicación cuando al finalizar la liturgia del Domingo de Ramos en la Catedral de Alcalá de Henares una joven embarazada de siete meses, que lleva adelante su gestación gracias a la acogida en el seno de una familia cristiana, me decía con lágrimas en los ojos: “Después de participar en esta liturgia tengo claro que quiero bautizar a mi hijo, quiero que participe de toda esta belleza”. Y es que las voces de los niños y niñas de la Escolanía de la Catedral la habían conmovido. Esa belleza –“la única que puede saciar de

6 *Id.*, *Informe sobre la fe* (Madrid 1985) 142-143.

gloria nuestra alma, ávida de grandeza”– es el acento inconfundible de la verdad, que logra mover el ánimo y arrastrar nuestra sensibilidad y nuestra libertad para que nos adhiramos a la verdad reconocida como un bien.

II. EL ARTE VERDADERO COMO “PROFECÍA DE CRISTO”

Conviene también señalar que la decisión de crear una Escuela “de arte cristiano” no impide que nos interese por la vida y la obra de artistas que no han participado de manera plena de la experiencia cristiana, pues estamos convencidos de que toda forma de arte auténtico es, en cierto sentido, “profecía de Cristo”. En efecto, la intuición artística representa, cuando no queda encerrada en el juego idolátrico o narcisista, una “lectura” más profunda de la realidad, convirtiendo la obra de arte en “signo” de la sobreabundancia que hay en cada cosa. Como escribe bellamente Zundel:

El arte ha sentido constantemente
que la materia supera infinitamente a la materia,
y se ha servido de la misma materia
para expresar este sobrepasamiento.
Las dimensiones del mundo sensible
se han dilatado sin medida,
sus contornos se han flexibilizado
en la fluidez de una atmósfera transparente
y, bajo rasgos innumerables,
ha surgido un rostro único:
un rostro cuyo dibujo jamás ha dejado de percibir
una intensidad enervante y desgarradora⁷.

Pascal había escrito que “el hombre supera infinitamente al hombre”⁸. Zundel señala que “la materia supera infinitamente a la materia”, pues es precisamente a través de la materia –el color, la piedra, la forma, el sonido– como

7 M. ZUNDEL, *El poema de la santa liturgia*, 22.

8 B. PASCAL, *Pensamientos* (Madrid 1981) 131.

el arte expresa el “sobrepasamiento”, ese “más” gratuito que percibimos en la realidad, en toda realidad, y que es la huella en lo creado del Creador infinito y eterno. El “Rostro único” del que habla Zundel –que nosotros escribimos con mayúscula– es el de Aquél de quien habla la *Carta a los Colosenses*: “Porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles (...) Todo fue creado por Él y para Él” (Col 1,16).

Pero el arte no basta. Aun con toda su grandeza, el arte no resuelve el enigma, que se revela a los ojos del hombre con “una intensidad enervante y desgarradora”. Sólo a partir de la Encarnación del Verbo, sólo en la aventura de la Presencia del Resucitado en la historia humana, se descifra y desvela el enigma de este mundo tan bello y doloroso y es posible vivir humanamente la “herida de la belleza” que nos exalta pero también nos hace sufrir.

III. JORNADAS DE ARTE Y FE

La *Escuela de Arte Cristiano* comenzó su andadura con la realización de unas Jornadas sobre “Arte, arquitectura y liturgia”, celebradas en dependencias del Obispado de Alcalá. Carlos Muñoz de Pablos, Leonardo Servadio, Giorgio della Longa, Rafael García Mahiques, Juan Carlos Asensio, José Javier Avila, Carlos Clemente San Román, María José Arnáiz, Oscar Robledo y ponentes de la *Asociación Nártext*, de la *Fundación Félix Granda* y del *Centro Gaudí de Madrid* abrieron aquellos días horizontes de reflexión y de trabajo, que culminaron con una visita guiada a la Catedral de la Almudena de Madrid, a los mosaicos de Rupnik y al museo catedralicio. Como fruto de estas primeras jornadas pudimos también ofrecer una Exposición de obras realizadas por algunos de los participantes en los encuentros.

Unos meses después celebramos unas nuevas Jornadas, esta vez con el título de “Arte, evangelización y catequesis”. Nuestro primer invitado fue el prestigioso profesor de historia del arte Timothy Verdon, sacerdote norteamericano afincado en Florencia, quien nos ayudó a profundizar en el sentido del arte cristiano como contemplación del Misterio. Su vasto conocimiento de la historia del arte, así como sus conocimientos teológicos, bíblicos y litúrgicos, permitieron un rico diálogo con los asistentes. Es interesante, en esta sede, señalar que la diócesis de Florencia, como también otras diócesis italianas, posee

un secretariado o departamento de catequesis a través del arte (Ufficio Catechesi attraverso l'Arte).

Por su parte las Misioneras de la Divina Revelación, Suor Rebecca Nazzaro y Suor Agnese Scavetta, nos presentaron la iniciativa "Catechesi con Arte", desarrollada por ellas en Roma con gran fruto. Esta jovencísima congregación romana, nacida en torno a la Grotta delle Tre Fontane donde la Virgen se apareció en 1947 a Bruno Cornacchiola, cultiva, como parte de su carisma, el acercamiento a la fe a través del arte. Junto a diversos "Itinerarios de Arte y Fe" las "monjas verdes", como son conocidas familiarmente por el color de su hábito, desarrollan el proyecto "Catequesis con arte", nacido inicialmente en la Basílica de San Juan de Letrán pero que se ha extendido a otras basílicas, iglesias, monasterios y catacumbas romanas, incluyendo la propia Basílica de San Pedro y los Museos Vaticanos. Así comentaba el trabajo que realizan Suor Rebecca Nazzaro, madre superiora de la orden, en una entrevista a la agencia *Zenit*:

Ante todo, partimos de un profundo estudio de la obra de arte, buscando los componentes que nos ayudan a comprender el momento histórico y la experiencia que vivía la Iglesia en aquella época. De este modo la obra comienza a hablar por sí misma, expresándose en un lenguaje de verdad y de fe. Un artista que pinta un retablo de altar, como por ejemplo Rafael en la *Transfiguración*, ha de tener en cuenta que existe un vínculo inseparable entre lo que sucede sobre el altar y la pintura. En el caso de esta obra de Rafael, de hecho, existe una división en la representación de la Transfiguración sobre el monte Tabor en dos escenas que envuelven a dos espectadores: al sacerdote que celebra la Eucaristía y al creyente. Lo mismo sucede con la *Piedad* de Miguel Ángel. El brazo extendido de la Virgen María parece querernos decir: "mi Hijo murió por ti y esta muerte no ha sido en vano". Es precisamente este género de conexiones lo que nosotras buscamos, pues son las que hacen especial una obra, más que la atención particular a los detalles.

Y preguntada acerca de la utilidad del arte para proponer la fe a quienes la han perdido añadía:

El arte es un instrumento privilegiado para la evangelización, es la expresión más alta mediante la cuál el ser humano va más allá de su

propia naturaleza para tocar lo trascendente. ¿Qué medio más grande podemos tener? A través de las imágenes el arte nos permite tocar lo Invisible por medio de lo visible y esto provoca una emoción no sólo a nivel epidérmico, sino una emoción que penetra la racionalidad del mensaje de la verdad que contienen las Sagradas Escrituras y la Tradición de la Iglesia. Debemos y podemos, a través del arte, “dar razón de nuestra fe”, como exhortaba San Pedro. Y este es nuestro objetivo primordial⁹.

En julio de 2012 la *Escuela* organizó un Curso de Verano –en colaboración con la Universidad de Alcalá y la Universidad “San Dámaso” de Madrid– sobre música sacra: “*Vox nostra resonet: el canto y la música en la liturgia*”. En esta ocasión contamos con la presencia de Mons. Valentín Miserachs, Paulino Carrascosa, Manuel González López-Corps, Patricio de Navascués, Juan Carlos Asensio, Alberto Ranninger, Juan Alberto Pérez Valera, Luis Ángel de Benito, Manuel Tévar y Carlos Criado, y pudimos disfrutar de dos conciertos, uno de Organo con Roberto Fresco y otro de polifonía, con los grupos *La Danserye* y *Psalterium*.

La Iglesia española, y en gran parte la Iglesia católica de nuestros días, tiene una tarea pendiente de carácter urgente y de hondo calado: la calidad y religiosidad del arte al servicio de la liturgia, tanto en lo referente a la arquitectura como en pintura, escultura y música. Ciertamente podemos estar orgullosos del valiosísimo tesoro artístico que la Iglesia custodia y conserva, pero hemos de preguntarnos si estamos dispuestos a poner las bases para que pueda surgir, una vez más en la vida de la Iglesia, una nueva generación de artistas cristianos que entiendan la “ministerialidad” del arte al servicio de la fe y la liturgia, y que tengan la competencia artística y la profundidad espiritual necesarias para crear obras que sigan dando gloria a Dios y sean de utilidad para la santificación de los fieles. La existencia de algunas experiencias muy positivas y prometedoras en este campo ha de alentar a los pastores de la Iglesia a profundizar en este camino y a promover instituciones que puedan garantizar la consecución de estos fines.

La reciente encuesta promovida por la *Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos*, junto con el *Pontificio Consejo de*

⁹ “Entrevista a Suor Rebecca Nazzero”, publicada en Zenit.org el 26 de enero de 2012.

la Cultura, dirigida a las Conferencias Episcopales, Institutos Religiosos Mayores y Facultades de Teología, en torno al estado de la música sacra en la Iglesia de nuestros días, es un ejemplo de la preocupación de la Santa Sede por esta dimensión esencial del arte litúrgico.

Además de estas jornadas la *Escuela* promovió, en noviembre de 2012, un Taller de Escultura con el escultor Pedro Requejo. En ese mismo mes la profesora Clara Fontana realizó una lectura iconográfica de *La Maestà* de Duccio di Buoninsegna y el especialista en pintura flamenca Matías Díaz Padrón nos ayudó a conocer el *Tríptico de la Adoración de los Magos* conservado en el Museo de la Catedral de Alcalá de Henares. Completó la lectura de este Tríptico el joven teólogo Andrés García Serrano, profesor de la Universidad Eclesiástica San Dámaso de Madrid.

En julio de 2013 celebramos nuevas Jornadas con ocasión del Año de la Fe. Las profesoras de historia del arte de la Universidad CEU San Pablo María Arriola y María Rodríguez Velasco nos presentaron “El Credo en imágenes”, ilustrando los artículos de la profesión de fe con diversas obras pictóricas de la colección permanente del Museo del Prado. Por nuestra parte, el profesor Paulino Carrascosa y yo abordamos “El Credo en sonidos”, con una amplia audición de piezas relacionadas con el símbolo de la fe.

De octubre a diciembre de 2013 la *Escuela* ofreció un curso titulado “Lectura teológica de la encíclica *Lumen fidei* a la luz del arte cristiano”. Durante 8 sesiones de dos horas cada una leímos la encíclica del papa Francisco –y de Benedicto XVI– con la enriquecedora compañía de numerosas obras de artistas cristianos. En esta ocasión se unieron al grupo numerosos profesores de religión vinculados a nuestra Delegación de Enseñanza.

En el pasado mes de abril hemos celebrado nuestras últimas Jornadas, la primera con el título “El Greco: entre oriente y occidente”, con ocasión del IV centenario de la muerte del pintor cretense. Para la segunda –“La ternura de Dios: la incansable llamada al Amor y la respuesta del hombre”– hemos contado con la presencia de la profesora italiana Rita Randolfi, historiadora del arte, con quien hemos recorrido numerosas obras de arte conservadas en iglesias y museos de toda Italia.

Para concluir este repaso por las actividades realizadas, conviene reseñar que acabamos de clausurar una exposición de grabados que ha podido ser visitada en la nueva sala de exposiciones del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares. La muestra reunía 63 grabados realizados por artistas de

Europa Oriental, de gran calidad técnica y artística. La exposición llevaba por título “En busca del paraíso perdido” y ha sido promovida por el *Centro Internacional para el Estudio del Oriente Cristiano* (ICSCO) del arzobispado de Granada en colaboración con nuestra *Escuela de Arte Cristiano*.

Y en este mismo Monasterio, por iniciativa de la *Asociación Nártex*, hemos vivido “Una hora de arte y oración”, centrando nuestra mirada creyente en el cuadro de la Asunción de la Virgen María del pintor Angelo Nardi. Con iniciativas como ésta pretendemos devolver al arte eclesial su significado originario, su sentido “doxológico”.

Entre los proyectos inmediatos se encuentra la celebración de una Jornada centrada en la personalidad y la música del polifonista Tomás Luis de Victoria.

IV. LA IGLESIA Y LOS ARTISTAS

Es conocida la insistencia del magisterio reciente, desde Pablo VI, en la necesidad de restablecer la alianza que durante siglos ha unido a los artistas con la Iglesia. Recordemos las palabras del papa Montini en la *Misa de los artistas*, celebrada en la Capilla Sixtina el 7 de mayo de 1964:

Tenemos necesidad de vosotros. Nuestro ministerio tiene necesidad de vuestra colaboración. Porque, como sabéis, nuestro ministerio consiste en predicar y hacer accesible y comprensible, es más, conmovedor, el mundo del espíritu, de lo invisible, de lo inefable, de Dios. ¡Y en esta operación que traspasa el mundo invisible en fórmulas accesibles, inteligibles, vosotros sois maestros! Es vuestro trabajo, vuestra misión; y vuestro arte consiste precisamente en arrebatarse del cielo del espíritu sus tesoros y revestirlos de palabra, de colores, de formas y accesibilidad.

Palabras hondas las de Pablo VI, quien sincerándose con los artistas presentes en la Sixtina llegaba a decir:

Si careciésemos de vuestro auxilio, nuestro ministerio se volvería balbuciente e incierto, y se vería obligado a realizar el esfuerzo, diríamos,

de hacerse él mismo artístico, es más, de volverse profético. Para alcanzar la fuerza de la expresión lírica de la belleza intuitiva tendría necesidad de hacer coincidir el sacerdocio con el arte¹⁰.

El ministerio del sucesor de Pedro y de los sacerdotes, la predicación y transmisión de la fe cristiana, dice Pablo VI, tienen necesidad de la “ministerialidad” del arte cristiano, hasta el punto –añade el Papa con lenguaje inusitado– que, si no hubiera artistas cristianos que ofrecieran este servicio indispensable, el mismo sacerdocio tendría que volverse artístico y profético. Pero los sacerdotes no sabemos hacerlo todo, ni estamos llamados a acumular todos los quehaceres, ministerios y carismas. Lo que sí tenemos es la responsabilidad de favorecer y acompañar el nacimiento y crecimiento de estos ministerios eclesiales.

“Es preciso restablecer la amistad entre la Iglesia y los artistas”, proseguía el papa Pablo VI, reconociendo que, si bien esta amistad no se había interrumpido totalmente, sin embargo, se había producido un distanciamiento: “Nos habéis abandonado un poco, os habéis alejado, para ir a beber a otras fuentes”. Pero añadía inmediatamente:

Para ser sinceros y valientes, reconocemos que también nosotros os hemos causado cierta tribulación (...) Y además también os hemos abandonado (...) No os hemos introducido en la cámara secreta, donde los misterios de Dios hacen saltar el corazón del hombre de alegría, de esperanza, de gozo, de ebriedad. No os hemos considerado discípulos, amigos, interlocutores; por eso no nos habéis conocido.

Y –hagamos el *confiteor* completo, esta mañana, al menos aquí– os hemos tratado aún peor, hemos recurrido a sucedáneos, a la “oleografía”, a la obra de arte de escaso valor y de poco mérito, quizá porque, para descargo nuestro, no teníamos los medios para realizar cosas grandes, bellas, nuevas, cosas dignas de ser admiradas; y hemos ido también nosotros por callejuelas en las que el arte y la belleza y –lo que es peor para nosotros– el culto de Dios han sido mal servidos.

10 PABLO VI, Homilía en la Misa de los Artistas, Capilla Sixtina (7 de mayo de 1964).

Cincuenta años después de haber sido pronunciadas estas valientes palabras, hemos de reconocer que el culto de Dios sigue estando, con frecuencia, mal servido. Es fácil estar de acuerdo en que el camino a recorrer es aún largo.

Unos meses antes de esta homilía Pablo VI había aprobado el primer documento del Concilio Vaticano II, la Constitución sobre la Divina Liturgia, en la que los artistas podían encontrar “el pacto de reconciliación y de renacimiento del arte religioso”. Recordemos el reclamo de los padres conciliares a los pastores de la Iglesia:

Los obispos, sea por sí mismos, sea por medio de sacerdotes competentes, dotados de conocimientos artísticos y aprecio por el arte, interésense por los artistas, a fin de imbuirlos del espíritu del arte sacro y de la sagrada liturgia. Se recomienda, además, que, en aquellas regiones donde parezca oportuno, se establezcan escuelas o academias de arte sagrado para la formación de artistas¹¹.

Es en esta dirección en la que hemos de caminar. Nuestra *Escuela de Arte Cristiano* ha nacido de este reclamo.

V. LA MEDIACIÓN CATEQUÉTICA DEL ARTE

Como es bien sabido, Juan Pablo II –siguiendo las huellas de Pablo VI– escribió una *Carta a los artistas*, fechada el Domingo de Resurrección de 1999. Las reflexiones y sugerencias del recientemente canonizado pontífice han sido, y siguen siendo, materia de estudio y trabajo para nuestros profesores y alumnos. El papa Wojtyła recordaba la relación entre los trascendentales del ser:

El tema de la belleza es propio de una reflexión sobre el arte. Ya se ha visto cuando he recordado la mirada complacida de Dios ante la creación. Al notar que lo que había creado era bueno, Dios vio también que era bello. La relación entre *bueno* y *bello* suscita sugestivas reflexiones. La belleza es en un cierto sentido *la expresión visible del bien*,

11 *Sacrosanctum Concilium*, 127.

así como el bien es *la condición metafísica de la belleza*. Lo habían comprendido acertadamente los griegos que, uniendo los dos conceptos, acuñaron una palabra que comprende a ambos: “kalokagathia”, es decir “belleza-bondad”. A este respecto escribe Platón: “La potencia del Bien se ha refugiado en la naturaleza de lo Bello”¹².

El bien atrae por su expresión visible, que es la belleza, pero ésta no es auténtica si no se enraiza, si no nace del bien. La verdad, para ser comunicada con fruto, ha de ser percibida como buena y bella. Pero lo bueno y lo verdadero se han encarnado en Cristo, manifestando así la plenitud de la belleza: “El Hijo de Dios, al hacerse hombre, ha introducido en la historia de la humanidad toda la riqueza evangélica de la verdad y del bien, y con ella ha manifestado también una nueva dimensión de la belleza, de la cual el mensaje evangélico está repleto”. Juan Pablo II llega a hablar de “mediación catequética” del arte:

La Sagrada Escritura se ha convertido así en una especie de “inmenso vocabulario” (P. Claudel) y de “Atlas iconográfico” (M. Chagall) del que se han nutrido la cultura y el arte cristianos. El mismo Antiguo Testamento, interpretado a la luz del Nuevo, ha dado lugar a inagotables filones de inspiración. A partir de las narraciones de la creación, del pecado, del diluvio, del ciclo de los Patriarcas, de los acontecimientos del éxodo, hasta tantos otros episodios y personajes de la historia de la salvación, el texto bíblico ha inspirado la imaginación de pintores, poetas, músicos, autores de teatro y de cine. Una figura como la de Job, por citar sólo un ejemplo, con su desgarradora y siempre actual problemática del dolor, continúa suscitando el interés filosófico, literario y artístico. Y ¿qué decir del Nuevo Testamento? Desde la Navidad al Gólgota, desde la Transfiguración a la Resurrección, desde los milagros a las enseñanzas de Cristo, llegando hasta los acontecimientos narrados en los Hechos de los Apóstoles o los descritos por el Apocalipsis en clave escatológica, la palabra bíblica se ha hecho innumerables veces imagen, música o poesía, evocando con el lenguaje del arte el misterio del “Verbo hecho carne”.

12 JUAN PABLO II, *Carta a los artistas* (4 de abril de 1999) 3.

Todo ello constituye un vasto capítulo de fe y belleza en la historia de la cultura, del que se han beneficiado especialmente los creyentes en su experiencia de oración y de vida. Para muchos de ellos, en épocas de escasa alfabetización, las expresiones figurativas de la Biblia representaron incluso una concreta mediación catequética. Pero para todos, creyentes o no, las obras inspiradas en la Escritura son un reflejo del misterio insondable que rodea y está presente en el mundo¹³.

Ciertamente nuestras catedrales, los repertorios iconográficos de nuestras iglesias, las obras de arte contenidas en nuestros museos pueden seguir siendo un excelente recurso para la transmisión de la fe y la visión cristiana del hombre. Así lo sugería recientemente el arzobispo de Sevilla, Mons. Juan José Asenjo, cuando escribía acerca del retablo mayor de la Catedral de Sevilla:

El retablo mayor es la síntesis más hermosa que conozco de la Historia de la Salvación, expresada con tanta belleza plástica que subyuga al espectador. Creo que no pido imposibles si sugiero a los responsables de la catequesis y de la enseñanza religiosa escolar la utilización de nuestro retablo mayor como valioso instrumento para la catequesis y la clase de religión¹⁴.

Creo que hemos de tomar en serio esta sugerencia. Así lo hacen ya muchas diócesis italianas o de otros países del mundo. El arte que ha nacido de la Iglesia debe seguir hablando al creyente de hoy –y también al no creyente–, a los niños y a los ancianos, a las familias y a los consagrados. Somos los custodios de un tesoro que con frecuencia desconocemos y, como me decía recientemente un especialista en música española del renacimiento y del barroco, corremos el peligro de que la música nacida de la Iglesia Católica se interprete ya sólo en los auditorios y no en las Iglesias, así como nuestros mejores cuadros se exponen en los museos y no en los templos, perdiendo así su sentido litúrgico.

13 *Ibid.* 5.

14 "Entrevista a Mons. Asenjo Pelegrina, arzobispo de Sevilla", en *Revista Catedral de Sevilla*, año 1, nº 1, mayo-agosto 2014, 12.

Conozco la posible objeción a esta propuesta: se trata de lenguajes del pasado, de obras que con frecuencia requieren una explicación, pues hemos perdido el conocimiento compartido que las hacía “hablar” ante sus contemporáneos. Es cierto. Somos muy ignorantes. Pero con auténtica humildad hemos de acercarnos de nuevo a los tesoros de la Iglesia, de la tradición cristiana, para encontrar allí el “hálito” que con tanta frecuencia nos falta, para admirarnos de la sabiduría teórica y práctica de quienes comisionaban las obras y de quienes las realizaban, para encontrar inspiración que nos permita encontrar estilos nuevos, nuevas formas de arte cristiano. Si queremos ser originales –terrible presunción del artista moderno– sólo tenemos un camino: volver al origen, como hizo Gaudí, referente indiscutible del arte cristiano. El origen es nuestra fe, vivida comunionalmente, bajo la guía de nuestros pastores, con la inteligencia de la tradición y la apertura a cuanto de bueno, verdadero y bello hay a nuestro alrededor. El hijo es siempre diferente del padre, pero de su misma carne y sangre. Si ha de resurgir un arte cristiano contemporáneo, que no sea réplica muerta de los tesoros del pasado, hemos de aprender a ser hijos. El extraño imita, e imita mal. El hijo respira, vive y engendra una realidad nueva en la que podemos reconocer el “parecido de familia”, como diría Wittgenstein. ¿Acaso no hemos confiado la creación del más reciente arte cristiano a personas que no participaban de la fe de la Iglesia, que respiraban otras espiritualidades, o ninguna, o que no tenían la competencia técnica y artística necesaria para realizar arte de calidad, es decir, arte?

El punto de partida no puede ser otro que el estudio apasionado de nuestros “mayores”, nuestros genios, teólogos, músicos, poetas, pintores y escultores, para ensimismarnos con la experiencia que vivieron, con sus descubrimientos, tentaciones y luchas, pues no eran santos todos ellos, ni perfectos, pero participaban de la fe de la Iglesia, e incluso sus pecados –como diría Péguy– eran cristianos. Sólo este trabajo, para el que hay que proveer a las diócesis de medios e instituciones por humildes que sean, nos permitirá salir del “perfil bajo” en que nos encontramos.

VI. LA “VIA PULCHRITUDINIS”

Quisiera concluir esta colaboración recogiendo la provocación que el magisterio reciente está dirigiendo a los pastores y a los fieles para que

tengamos en cuenta en nuestros proyectos pastorales la “*via pulchritudinis*”, el camino de la belleza. Juan Pablo II escribió:

El arte, incluso más allá de sus expresiones más típicamente religiosas, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe, de modo que, hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa¹⁵.

Ciertamente el nuestro es un momento de aún “mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia” que cuando fueron escritas estas palabras, por lo que su recomendación no sólo sigue siendo válida sino de urgente verificación. ¡Cuántas personas que ya no sienten interés por el anuncio de la Iglesia llegan, sin embargo, a conmoverse ante experiencias de caridad, de humanidad, de belleza, que nacen de ella!

El documento final de la Asamblea Plenaria del *Consejo Pontificio* de la Cultura en 2006, cuya detenida lectura recomendamos encarecidamente, llevaba por título precisamente “La *Via Pulchritudinis*, camino de evangelización y de diálogo”. En el comienzo de este documento podemos leer:

La cultura marcada por una visión materialista y atea, característica de las sociedades secularizadas, provoca un verdadero alejamiento, más aún, una acusación de la religión en general, y del cristianismo en particular, así como un nuevo anti-catolicismo. Muchos viven como si Dios no existiera (*etsi Deus non daretur*), como si su presencia y su palabra no pudieran influir de ninguna manera en la vida concreta de las personas y las sociedades. Estas, por su parte, encuentran difícil afirmar claramente su pertenencia religiosa, como si fuera algo propio y exclusivo del ámbito privado. La experiencia religiosa, consecuentemente, se ve disociada de una clara pertenencia a la institución eclesial: algunos creen sin pertenecer, mientras que otros pertenecen sin dar signos visibles de su creencia.

15 JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, 10.

El diagnóstico es certero, pero llevamos años haciendo diagnósticos sobre la increencia y la secularización. ¿Cuál es la propuesta?:

En esta perspectiva, la *Via pulchritudinis* se presenta como un itinerario privilegiado para llegar a muchos que experimentan grandes dificultades para acoger la enseñanza, sobre todo moral, de la Iglesia (...). La *Vía de la belleza*, a partir de la experiencia simple del encuentro con la belleza que suscita admiración, puede abrir el camino a la búsqueda de Dios y disponer el corazón y la mente al encuentro con Cristo, Belleza de la santidad encarnada, ofrecida por Dios a los hombres para su salvación. Esta belleza sigue invitando hoy a los Agustines de nuestro tiempo, buscadores incansables de amor, de verdad y de belleza, a elevarse desde la belleza sensible a la Belleza eterna y a descubrir con fervor al Dios santo, artífice de toda belleza¹⁷.

Ahora bien, para no caer en un vago e ingenuo reclamo a la belleza conviene recordar que “su percepción requiere una educación, porque la belleza no es auténtica si no es en su relación con la verdad”. En este sentido, el documento vuelve sobre la unidad y jerarquía de los trascendentales:

¿No es la *via pulchritudinis* una *via veritatis*, a través de la cual el hombre se esfuerza para descubrir la *bonitas* del Dios de amor, fuente de toda belleza, de toda verdad y de toda bondad? Lo bello, como también lo verdadero o lo bueno, conduce a Dios, Verdad primera, Bien supremo y Belleza misma. Pero lo bello dice más que lo verdadero o lo bueno. Decir de un ser que es bello no es sólo reconocerle una inteligibilidad que lo hace amable; significa también que, al especificar nuestro conocimiento, nos atrae, más aún, nos captura mediante una irradiación que despierta el asombro. Si lo bello ejerce un cierto poder de atracción, todavía expresa con más vigor la realidad misma en la perfección de su forma, de la que es epifanía. Lo bello la manifiesta expresando su claridad íntima. Si el bien expresa lo deseable, lo bello

16 CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *La Via Pulchritudinis, camino de evangelización y de diálogo*, 2006, I, 1.

17 *Ibid.* II, 1.

expresa aún más el esplendor y la luz de una perfección que se manifiesta¹⁸.

Pero la *via pulchritudinis* es una vía pastoral, por eso en el documento encontramos pistas y propuestas concretas. El primer ámbito sugerido es la contemplación y la maravilla ante la belleza de la creación, en la que Dios ha dejado su huella, ayudando a los niños y a los jóvenes “a descubrir el proyecto creador de Dios despertando los sentimientos vinculados al asombro, a la adoración y a la acción de gracias”. Y aquí encontramos una interesante sugerencia para la actividad catequética:

La catequesis, en su esfuerzo de formación de los niños y jóvenes, puede servirse con provecho de una pedagogía desarrollada a partir de la observación de la belleza de la naturaleza y de las actitudes humanas fundamentales ligadas a aquella: silencio, escucha, admiración, interiorización, paciencia en la espera, descubrimiento de la armonía, respeto del equilibrio natural, sentido de la gratuidad, adoración y contemplación¹⁹.

El segundo campo sugerido es la atención a la belleza de las artes nacidas de la fe cristiana: “De alguna manera, el artista prolonga la Revelación obrando con las formas, las imágenes, los colores o los sonidos”. Hay aquí un inmenso potencial y un enorme campo de trabajo:

Releer las obras de arte cristiana, grandes o pequeñas, artísticas o musicales, y situarlas en su contexto, ahondando sus lazos vitales con la vida de la Iglesia, en particular con la liturgia, significa hacer “hablar” de nuevo a tales obras, permitiéndoles transmitir el mensaje que inspiró su creación (...) Las obras de arte cristiano ofrecen al creyente un tema de reflexión y una ayuda para entrar en contemplación en una oración intensa, a través de un momento de catequesis y de confrontación con la Sagrada Escritura. Las obras maestras inspiradas por la fe son auténticas “biblias para los pobres”, “escalas de Jacob”, que elevan el alma

18 *Ibid.* II, 2.

19 *Ibid.* III, 1.

hasta el autor de toda belleza y, con Él, al misterio de Dios y de los que viven en su visión beatífica²⁰.

El documento recuerda la invitación de Juan Pablo II a considerar el patrimonio artístico de la Iglesia como “un formidable instrumento de catequesis”²¹. También Benedicto XVI insistió en este potencial: “Hoy más que nunca, en la civilización de la imagen, la imagen sagrada puede expresar mucho más que la misma palabra, dada la gran eficacia de su dinamismo de comunicación y de transmisión del mensaje evangélico”²².

Por último, el documento propone educar en la belleza de Cristo, que es la belleza de la caridad y la santidad:

La singular belleza de Cristo, como modelo de “vida verdaderamente bella”, se refleja en la santidad de una vida transformada por la gracia. Muchos, por desgracia, sienten el cristianismo como sumisión a unos mandamientos hechos de prohibiciones y límites a la libertad personal. El papa Benedicto XVI lo recordaba durante una entrevista a la Radio Vaticana el 14 de agosto de 2005, antes de partir para Colonia para encontrarse con jóvenes de todo el mundo reunidos para las Jornadas Mundiales de la Juventud. Decía, entre otras cosas: “A mí, en cambio, me gustaría que comprendiesen que estar sostenidos por un gran amor y por una revelación, no es una carga: nos da alas, y es hermoso ser cristiano. Esta experiencia nos ensancha el corazón... El gozo de ser cristiano: es hermoso y también es justo creer”²³.

No me resisto a citar finalmente, como hace el documento, al gran teólogo suizo Hans Urs von Balthasar, quien en la introducción al primer volumen de su obra *Gloria. Una estética teológica* escribió:

Nuestra palabra inicial se llama belleza. La belleza es la última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de res-

20 *Ibid.* III, 2.

21 JUAN PABLO II, *A los obispos de Toscana* (11 de marzo de 1991).

22 *Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio. Introducción* (Madrid 2005).

23 CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *La Via Pulchritudinis, camino de evangelización y de diálogo*, III, 3.

plandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien y su indisoluble unión. La belleza desinteresada, sin la cual no sabría entenderse a sí mismo el mundo antiguo, pero que se ha despedido sigilosamente y de puntillas del mundo moderno de los intereses, abandonándolo a su avidez y a su tristeza. La belleza, que tampoco es ya apreciada ni protegida por la religión y que, sin embargo, cual máscara desprendida de su rostro, deja al descubierto rasgos que amenazan volverse ininteligibles para los hombres. De aquel cuyo semblante se crispa ante la sola mención de su nombre (pues para él la belleza es sólo bagatela exótica del pasado burgués) podemos asegurar que –abierta o tácitamente– ya no es capaz de rezar y, pronto, ni siquiera será capaz de amar... En un mundo sin belleza, –aunque los hombres no puedan prescindir de la palabra y la pronuncien constantemente, si bien utilizándola de modo equivocado–, en un mundo que quizá no está privado de ella, pero que ya no es capaz de verla, de contar con ella, el bien ha perdido asimismo su fuerza atractiva, la evidencia de su deber-ser realizado... En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido su contundencia, su fuerza de conclusión lógica²⁴.

Sirvan estas palabras de Balthasar como reclamo final. Apreciemos y protejamos la belleza, dejémonos corregir por ella, propongámosla con toda su fuerza de atracción y seducción. Y que experiencias como la de la *Escuela de Arte Cristiano* de la diócesis de Alcalá de Henares puedan multiplicarse y contribuir a un renacer de la esperanza. Es verdad:

El mundo en que vivimos tiene necesidad de belleza para no caer en la desesperación. La belleza, como la verdad, trae el gozo al corazón de los hombres y es un fruto precioso que resiste el paso del tiempo, que une a las generaciones y las hace comulgar en la admiración²⁵.

24 H. U. VON BALTHASAR, *Gloria. La percepción de la forma* (Madrid 1985) 22-23.

25 PABLO VI, *Mensaje a los Artistas* (8 de diciembre de 1965).

